

Investigan especialmente los móviles de la conducta sin pretender fijarles ideales.

Para Hobbes es el interés del individuo la razón única de los actos, mientras para Stuart Mill es la utilidad general el criterio estimativo de los actos humanos.

Expone Zuccante la obra de Locke, sus opiniones sobre la formación de las ideas y su doctrina moral. Señala al mismo tiempo la influencia de los « sentimentalistas » (Shaftesbury, Butler y Hutcheson) én la corriente utilitarista predominante en Inglaterra.

A David Hume dedica con justicia un capítulo aparte. Sus obras, en especial su *Inquiry concerning the human understanding*, encierran una cantidad admirable de ideas y observaciones. A más de un siglo de distancia ha dado Mach con su escuela empírico-crítica notoria actualidad a los conceptos cardinales del autor de *A treatise of human nature*, cuya moral de la « simpatía » tiene, según Zuccante, estrecha conexión con el utilitarismo de sus compatriotas.

En época más reciente ha intentado Max Nordau, en su *Sentido de la historia* poner la « simpatía » como fundamento de la convivencia social.

La obra de Adam Smith y de Bentham es prolijamente expuesta antes de entrar el autor a exponer la de Stuart Mill, a la cual está dedicado el último capítulo del libro.

La doctrina de Stuart Mill, las objeciones que se le formularon y la defensa que de ella se hace están claramente estudiadas. Así también las relaciones entre la moral de Spencer y el utilitarismo de Stuart Mill, cuya *Lógica* y demás obras, especialmente *Utilitarianism*, analiza con precisión.

Libro escrito con método y cuyo criterio genético facilita la comprensión de las ideas, tiene algunas pequeñas fallas que no afectan su valor fundamental. Así, por ejemplo, algunas confusiones entre problemas gnoseológicos y problemas éticos, como también la tendencia forzada a incluir en un molde preconcebido autores u obras que no encuadran en ellos.

L. D.

WILLIAM JAMES, *Pragmatismo*, conferencias populares sobre filosofía. Biblioteca científica y filosófica, Jorro, Madrid.

La Biblioteca científica y filosófica acaba de editar la versión española de las conferencias pronunciadas por James en la Columbia University, de Nueva York, y en el Lowell Institute, de Boston, durante los años 1906 y 1907. Es su traductor del inglés el señor Santos Rubio.

Consta el libro de ocho capítulos, en los cuales el autor estudia diversos pro-

blemas concernientes a la concepción del mundo y de la vida a la luz del «pragmatismo». Es este un método y en segundo lugar una teoría genética de lo que se entiende por verdad. James estudia la doctrina pragmática en estos sus dos aspectos, y es tal su fe en ella, que la supone destinada a «apaciguar las disputas metafísicas que, de otro modo, serían interminables».

En presencia de una disputa metafísica, propónese el pragmatismo averiguar las respectivas «consecuencias prácticas» de las distintas tesis en juego. Lo fundamental en todas nuestras operaciones mentales es conseguir «claridad perfecta en nuestros pensamientos sobre un objeto». Luego de conseguida esa claridad, débese averiguar qué efectos inmediatos o remotos pueden esperarse de la concepción que del objeto nos formamos, para así apreciar su significación positiva. Este principio, que es de Peirce, lo ha hecho suyo el pragmatismo por boca de su más ilustre representante.

En el primer capítulo del libro que nos ocupa estudia James la influencia de los temperamentos individuales en las concepciones filosóficas; investiga la psicología de los racionalistas, que en sus irreales sistemas crean una «religión sin hechos»; analiza la mentalidad de los empiristas, que nos dan «hechos sin religión». Para resolver el dilema propone al «pragmatismo como sistema intermedio». Hácese así posible que las filosofías tengan «su carácter como los hombres» y se hallen sujetas «a análogos juicios sumarios».

Las críticas que contra el racionalismo y el empirismo dirige James son a ratos interesantes y acertadas, aun cuando no resulte satisfactoria su manera de resolver el litigio entre ambos. Los optimistas vaticinios del autor no han sido confirmados por el desarrollo ulterior del pensamiento.

Nada nuevo hay en el método pragmático, dice James. Empleáronlo Sócrates y Aristóteles; en la filosofía inglesa sirvió a Locke, Berkeley y Hume en sus importantes contribuciones a la verdad. Mas uno y otro sólo lo usaron fragmentariamente. Sólo él, James, había de emplearlo para las más universales y definitivas conclusiones.

Es de extrañar que el autor, en las referencias a los antecedentes históricos de su doctrina, no dé la merecida importancia a pensadores más recientes; así por ejemplo Fichte, cuyo prólogo a su *Teoría de la ciencia* contiene, expuestas con claridad y elegancia, ideas de indole pragmatista, aun cuando no traiga este adjetivo, cuya boga data de cincuenta años acá.

En el segundo capítulo estudia el autor el «significado del pragmatismo».

Para éste «las teorías hácense instrumentos, no soluciones, de los enigmas en los que quepa abandonarse». Cuando le conviene transige con el nominalismo, con el utilitarismo y con el positivismo. Sigue al primero en su tenden-

cia a «apelar siempre a los particulares», toma del segundo el hábito de «hacer hincapié sobre los aspectos prácticos», y aprende del positivismo a desdeñar «las soluciones verbales, las cuestiones inútiles y las abstracciones metafísicas».

A Schiller y Dewey cita James. Comparten con él la gloria del principado pragmático. Y son ellos quienes mejor han expuesto la «teoría de la verdad» pragmática. Veamos en qué consiste. Cuando los hombres de ciencia tratan de investigar y explicar los fenómenos de su estudio, emplean conceptos que les sirven de instrumento de trabajo. En cuanto surgen hechos nuevos que no encuadran dentro de los viejos conceptos, desaparecen éstos del escenario científico para ser reemplazados por nuevas hipótesis más adecuadas a las situaciones nuevas. Así los átomos, en que creían la química y la física, han sido substituidos por los electrones.

En uno y otro caso trátase tan sólo de conceptos cuyo valor depende de su eficacia para la investigación de las «verdades científicas».

Bien: para Schiller, Dewey y James ocurre lo mismo en el orden moral y en el orden religioso. «Si las ideas teológicas demuestran poseer un valor para la vida concreta, disputarás por ciertas el pragmatismo en el sentido de ser buenas en tal medida. El cuánto de su verdad dependerá enteramente de sus relaciones con otras verdades que también han de ser conocidas». «La verdad es una especie de lo bueno». Verdadero es cuanto demuestra ser bueno, ya provenga de la creencia, ya de razones «asignables y definidas». Bueno, ¿para quién? Para la vida, nos dirá el pragmatismo.

¿La vida del individuo o de la humanidad? En esto guarda silencio James.

Volviendo a «la teoría de la verdad» pragmática, debemos recordar que tal valoración de los conceptos de la ciencia no es original ni exclusiva de James y sus cofrades. Hállase difundida entre sabios y filósofos. La acepta Bergson, quien a la par de reconocer la ineficacia de la razón para llegar a lo absoluto, recomienda en poética prosa su método de la intuición.

En los restantes capítulos estudia James algunos problemas metafísicos desde el punto de vista pragmático que acabamos de exponer.

Ocúpase del problema de la substancia, del cual Berkeley ha hecho un agudo análisis que en época más reciente ha renovado Mach, entre otros. A la luz del pragmatismo encara el problema del libre albedrío. El último capítulo está dedicado a la religión.

Expone en él algunas ideas que con más extensión ha desarrollado en su obra *La voluntad de creer*.

Ha sido el pragmatismo una de las manifestaciones de la decadencia y descomposición del positivismo.

También Nietzsche fué pragmatista a su manera, no a la de James. A los elementos naturalistas añadía el misticismo de su temperamento y el estoicismo de que lo informaba su nutrida cultura clásica.

Escéptico es el pragmatismo, como todo final de período filosófico; y como todo escepticismo, es anunciador de un nuevo despertar de la especulación metafísica. La historia nos lo enseña y su comprobación actual es evidente.

L. D.

E. RIGNANO, *Psicología del razonamiento*, traducido por Matilde Huici. Editorial Calpe.

El autor de este libro es muy conocido por sus trabajos de biología y psicología. Rignano, además, no obstante ser de profesión matemático, ha aplicado su curiosidad y su talento a los más diversos problemas de la cultura; en la revista *Scientia*, de la cual es director, suelen aparecer con cierta frecuencia ensayos suyos sobre cuestiones de matemáticas, sociología y religión. Esta multiplicidad de conocimientos es revelada por el autor en la obra que nos ocupa, pues al estudiar en ella el razonamiento, determina sus modalidades diversas en los distintos campos de su aplicación.

*Psicología del razonamiento* es una obra que el autor escribió después de haber comprobado que en los diversos tratados de lógica no hallaba la anhelada clave de las más elevadas operaciones mentales. «Hasta el tratado de Stuart Mill, escribe Rignano, que en mi opinión es el mejor de todos, no me contestó en este respecto más que los otros.»

Tampoco halló en los libros de psicología ilustración suficiente sobre tan importante problema. Cree Rignano explicar el razonamiento al reducirlo a sus elementos más simples: las evocaciones sensoriales y las tendencias afectivas; unas y otras reductibles a su vez a la propiedad fundamental de la materia viva, que según tesis sostenida por el autor en libros anteriores, es la capacidad «mnemónica».

El libro de Rignano, no obstante el título especial que lleva, es todo un tratado de psicología. Consta de diez y seis capítulos. Estudia en el primero el carácter mnemónico de las tendencias afectivas y en los dos subsiguientes el problema de la unidad de conciencia y el papel que en las operaciones intelectuales desempeña la atención. Dedicó luego siete capítulos al estudio del razonamiento, desde sus formas elementales hasta las más elevadas del razonamiento dialéctico y metafísico. En el capítulo XII se detiene Rignano en